

¡ABRAZANDO LOS CACTUS! UN MÉTODO ANTROPOLÓGICO PARA DESCUBRIR EL SENTIDO DEL SUFRIMIENTO HUMANO

Embracing cactus! An anthropology method to discover the meaning of human suffering

Franklin José González

Universidad Arturo Michelena (UAM). ORCID: 0009-0007-1175-8780.

Resumen

El hombre, desde su concepción en el seno materno, pasando por sus dos gestaciones intrauterina y social, no escapa al sufrimiento físico, psicológico, moral y existencial. En su vivirse-con-otros experimenta su mismidad, diferencia y alteridad definiendo su identidad personal. En su esencia, el humano conlleva un camino metodológico (pro-yectum) que le hace descubrir en cada etapa evolutiva el sentido de su vida desde su sufrir-con. Por ello, el siguiente ensayo de tipo documental, con un método antropológico-trascendental, analiza y profundiza dentro del ser existencial del hombre en su ser-doliente, en su proceso por tres etapas noológicas y complejas: El primero paso: la negación de sus egos, en posesión de sí, dejando el espacio existencial donde abraza todos los cactus desarrollados en su interior provocando su sufrimiento. El segundo paso: la posibilidad del encuentro en alteridad para abrir las puertas cerradas, impidiendo integrar su yo-verdadero, sin poder resolver lo inferior en lo superior, sin permitirle liberar y escapar con renovada actitud hacia la trascendencia. Y el último paso: obtener sabiduría, principios y humildad para crear los puentes trascendentales: del sin-sentido al sentido; del absurdo existencial al amor humano; del sufrir por sufrir al ser-para-la-muerte, y de la existencialidad a la trascendentalidad.

Palabras clave: sufrimiento; cactus; negación; alteridad; sentido; trascendencia.

Abstract

Man, from the moment he is conceived in the womb, does not escape physical, psychological, moral and existential suffering. In his living-with-others he experiences his sameness, difference and otherness that will define his personal identity. In its essence, the human carries a methodological path (pro-jectum) that makes him discover at each evolutionary stage the meaning of his life from his suffering-with. Therefore, the following documentary-type essay, with an anthropological-trascendental method, analyzes and delves into the existential being of man to accept his suffering-being in three noological and complex stages: The first step: the denial of his egos, in possession of himself, leaving the existential space conducive to embracing all the cacti that have grown inside him and that cause his suffering. The second step: the possibility of meeting otherness to open the closed doors, preventing you from integrating your true-self, without being able to resolve the lower in the higher, without allowing you to release and escape with a renewed attitude towards transcendence. And the last step: obtain wisdom, principles and humility to establish bridges: from meaninglessness to meaning; from existential absurdity to human love; from suffering for the sake of suffering to being-for-death, and from existentiality to transcendentality.

Keywords: suffering; cactus; denial; otherness; meaning; transcendence

A modo introductorio

El ser, conocer y hacer del ente humano es limitado. Por más esfuerzo en conocer la totalidad de lo real, experimentando, emprendiendo, jamás logrará abarcar todo. Y las razones son sencillas de entender: se vive a lo sumo cien años; la cultura lo condiciona a seguir patrones, reglas y conductas dentro de un grupo humano; pasa por distintas etapas evolutivas a nivel físico, psicológico, moral y espiritual; en fin, siempre experimenta un deseo de estar inacabado, moviéndolo a la búsqueda de un más allá que llamamos *trascendencia*: mundo de valores, de la raíz o la fuente del ser, del conocer y del actuar. Pensar decidir caminar hacia lugares recónditos, escondidos y muy oscuros del ser, aún no visto ni experimentado, lo puede hacer retroceder por causa de sus temores que en algún momento de su historia ontogenética catalizaron¹ su personalidad y lo alienaron, dejándole un sistema espiritual débil, a la deriva de los vaivenes de las decisiones ajenas, no permitiéndole focalizar un control interno que desarrolle su personalidad (Montero, 1998). Foco interno (al contrario del “externo” que percibe los acontecimientos como productos del azar, la suerte o el destino) que abre la posibilidad de estar alerta y tomar interés ante lo que ocurre a su alrededor y así “encontrar las claves” (p. 32) para transformar su propia realidad exterior.

Las decisiones humanas tienden a balancearse sobre una cuerda tensada por uno de sus extremos: las necesidades utilitarias (vivienda, trabajo, alimento, salud, entre otros), y por el otro: la calidad noológica² de la existencia humana (lucidez, comprensión, capacidades humanas para amar, decidir, ser). El hombre es capaz de crear un sentido definido, un estado interior con profundas raíces que sostienen todas las áreas de su ser: Aprender a vivir orientado a finalidades noológicas de mayor valor que las utilitarias, no se compara con solo adquirir dinero con el fin de satisfacer necesidades biológicas, psicológica y sociales; al contrario, es necesario auto-descubrirse, administrando las propias emociones, gestionando las habilidades cognitivas, afectivas y volitivas.

En el proceso de alteridad y auto-comunicación, el ser humano se forma en identidades múltiples, forjando culturalmente una personalidad única e irrepetible; interpretando su existencia y vivencias en base a un contexto histórico-cultural determinado; formando su propio mapa mental que le conduce a reconocerse como un proyecto inacabado, como un “hacerse”, buscando nuevas significaciones, reforzando las capacidades de creación, solidaridad y cooperación (UNESCO 2001, art 10). La construcción de la identidad inicia en la auto-reflexión sobre sí mismo, en la conciencia de la propia conciencia, en la mismidad de hacerse a sí mismo una unidad que conoce. Entrar aquí es encontrarse con la paradoja de pertenecerse y a la vez de diferenciarse de los otros en una relación (dialéctica) de alteridad donde todo proceso de pertenencia a sí mismo o a otros, construye otro de diferencia (Guerrero, 2010). Mismidad y otredad forman dos caras de una misma moneda. Y dentro de esta dinámica conflictual-afectual, se crea fronteras necesarias que permiten al yo real no se diluya en el yo ideal. Las raíces noológicas forman parte de ese yo real como realidad no-desligado de sus cactus, de sus raíces sufrientes.

La unidad-totalidad de la persona en el ser sufriente

La persona, según el gran filósofo Boecio (480-525), es una *naturae rationalis individua substantia* (substancia individual de naturaleza racional) y se suele dividir en dos mundos de vida: el bio-físico (material, corporalidad) y el no-físico (psíquica, simbólica, moral y espiritual). A la primera podemos llamarla “objetiva” y a la segunda “subjetiva” o “fenomenológica”. Sin ser dos realidades

¹ Del griego *katálisis*: disolver, desatar.

² Del griego *noos* = espíritu, existencia. El adjetivo “noológico” durante todo el ensayo hará referencia a lo más íntimo y valoral del ser humano: su existencia, su espíritu, su universo interior.

disociadas, sino una sola, aunque se puedan categorizar y analizar, la persona es capaz de volver siempre sobre sí mismo en auto-reflexión, rechazando todo tipo de alienación (gr. *alien* = extraño) personal que obstaculice sus metas desviándolo del *teleos* original: abrazar sus cactus y trascender. Según Hergenhahn (2001), “el propio cerebro puede transformar la información sensitiva y, por consiguiente, crear una diferencia entre la realidad física y la fenomenológica” (p. 19). Por ello, la persona es capaz de valorar, percibir e interpretar todo lo que acontece al exterior. Esta vivencia humana “constituye la verdadera unidad de la personalidad y del entorno; la base de la conciencia” (Vygotski, 1996, como se citó en Guerrero, 2002, p. 383), el cual genera el detonante activador del desarrollo integral de la persona como *yo corporal*.

Este desarrollo humano implica una reorganización de todos los componentes del yo perceptivo; ese yo interactúa con el mundo exterior e integra en sí un modo de ser y de sentir que va definiendo la propia identidad personal. Es un proceso continuo de “no darse cuenta” de los cambios cualitativos que ocurre dentro de sí con cada experiencia (gr. *Empeirikós*). El hombre se percibe como la misma persona en cualquier etapa de su vida, mientras va pasando de una etapa de su desarrollo evolutivo (*ontogénico*) a la otra. El yo-que-vive lo desarrolla y humaniza interiormente, reorganiza sus ideas y le proporciona un sentido de continuidad sobre el tiempo, y a la vez crece su capacidad crítica y evaluadora de la acción de los otros, en un *todos para uno y uno para todos*. Realidad exterior que personaliza y realidad interior que socializa.

Sin pasar a profundizar si el Yo perceptivo es un Yo autónomo o no, queda claro que el Yo debe trascender, es decir, no se puede quedar encerrado en la inmanencia de la mismidad o en el ciclo perverso de los egoísmos humanos; sino, al ser el conocedor del ser consciente, dirigiendo la propia atención y los momentos sensoriales emotivos y profundos de un modo selectivo, debe ser capaz de abrirse al contexto cultural, al medio ambiente, y desde ese *ser comunitario* redimensionar la personalidad desde las bases existenciales (axiológicas, antropológicas, psicológicas, noológicas) y actitudinales (lat. *Schema* = esquema) generando la fuerza de las creencias. El hombre se vuelve responsable de sus pensamientos, palabras y acciones. El mundo percibido desde su Yo perceptivo es un mundo-creído: “el mundo no es real ni ficticio, no es conocido ni ignorado, no es físico ni mental... en última instancia todo lo que sabemos se basa en una creencia” (Fernández 2005, p. 1). Por tanto, surgen preguntas: ¿Existe una realidad existencial en la cual pueda apoyar su Yo perceptivo y poder lograr lo que los griegos antiguos llamaban la “imperturbabilidad del alma” (ataraxia)? ¿Acaso se tergiversa en la actual ciencia psicológica el concepto de Katarsis griega (*purga*) como medio de transformación interior suscitados por una experiencia vital profunda, religándola a ser simplemente un *proceso de liberación de emociones negativas*?

En su proceso de socialización, la persona decodifica y da un sentido personal a su contexto de vida cotidiana, sean positivos o negativos, agradables o desagradables (Arto, 1984). El solo hecho de realizarse a sí mismo junto con otros de su misma especie, el hombre se presenta frente a la experiencia de la incomodidad, la frustración, el fracaso, la desilusión, el mal, la enfermedad y la muerte. Lo que los filósofos existencialistas llaman “situaciones-límites” que frenan, reducen, limitan, corrigen y angustian a la especie humana, haciéndolo *más humano*. Su dimensión social (*zoon politiké* aristotélico) lo liga al con-vivir con estas situaciones-límites. Son parte de su ser. No hay escapatoria. Cuando escapa de una, se encuentra con la otra. Estas experiencias forman el ámbito del sufrimiento humano. Y si esto constituye parte de su existencia, ¿por qué negarse a ser lo que es? ¿Por qué huir o rechazar el dolor? ¿Será cuestión de actitud dentro de un paradigma cultural enseñado desde su gestación biológica, y luego familiar, grupal, organizacional?

El sufrimiento existencial es parte sustancial de su vida. Cuando experimenta transiciones de voluntades que no elige, cuando opta por vivir realidades que dejan *tragos amargos*, cuando la fe se resquebraja y cae en desesperanza -o indefensión- aprendida, cuando se vive años acostumbrándose a

una rutina impuesta por lo social, obedeciendo a intereses de otros, el hombre se encuentra ante un sufrimiento existencial que desemboca en la vivencia del absurdo, producto de la desesperación, del pesimismo, del fracaso y la derrota. Negar estos momentos intensos de la vida es negar la vida misma, es vivir alienado y convulsionando periódicamente hasta acabar la existencia en un sin-sentido. Si el universo tiene un sentido, la vida humana obviamente también, porque la persona es producto de la evolución del universo. No estaba lejos el griego presocrático Empédocles (s. VI a.C.) cuando definió al ser humano como un “micro-cosmos”, es decir, lo que ocurre en el universo físico, ocurre también en el universo espiritual. En la teoría de la evolución, la fuerza radial confluyó con la fuerza tangencial hasta lograr el desdoblamiento de la conciencia sin el cual no existiera la reflexión actual sobre el sufrimiento humano. El famoso paleontólogo, filósofo y teólogo francés Pierre Theillard de Chardin (1881-1955) concluyó que el universo está hecho de “energía potencial” y, en el seno del sufrimiento, una intensa “fuerza ascendente” sin saber cómo liberarlo, conocerlo y aprovecharlo al máximo (1955, p. 65).

¿Cómo se materializa el sufrimiento en la realidad?: Ordinariamente llamamos sufrimiento al dolor de una madre cuando le matan a su hijo de cinco años frente a su casa por una bala perdida o se muere en un hospital porque su padrastro lo golpeó y lo violó sexualmente. El sufrimiento proviene de saber la noticia de una incriminación por un delito que no cometió y ahora debe pagar con seis años de prisión; único sostén económico de una familia de siete miembros. Sufrimiento es el efecto de haber ido al neurólogo a revisar una resonancia magnética y escuchar al médico tratante afirmar: “tiene un tumor maligno y quizá no durará más de dos meses”. Sufrimiento es el dolor causado por percibir alrededor tanta miseria y contaminación ambiental en este mundo. El sufrimiento nace al escuchar a los tres hijos pequeños decirle “tengo hambre mamá”, o de escuchar casi a diario a su esposa repetir una y mil veces que es un patán, bueno para nada, ignorante, pendejo y charlatán, cuando en realidad no se quiere seguir así y se lucha para comportarse diferente al resto. También el sufrimiento proviene de no aceptarse tal como se es, no aceptarse tal cuál es, no aguantar que los demás no lo acepten ni lo comprendan.

En cada una de estas vivencias, el ser humano posee una doble naturaleza: “una bio-física y otra psico-cultural (...). Esta “uni-dualidad” (Morin 1999, p. 26) conlleva a disociar el sufrimiento existencial de la vida subjetiva. La naturaleza animal (biofísica) conduce a evitar cualquier tipo de dolor que físicamente experimentemos. Es un instinto de supervivencia que el humano adquirió desde la activación de la mutación genética hace 63 millones de años con el primate *Purgatorius mckeeveri*. La hominización de hace 5 millones de años continuó ese proceso de autoposición y autodeterminación del hombre que aún sigue reflexionando acerca de este fenómeno del sufrimiento. El sufrimiento es la alarma o la campana que avisa cuando algo está ocurriendo. En ese momento el hombre actúa y decide qué hacer. El sufrimiento, visto desde esta perspectiva, se constituye como una puerta de entrada a un más allá, a una actitud de vida trascendental del ser, a una experiencia trascendental, en la cual se entra a través de un método experiencial. Ese camino (*méta-odo*) liberador lo hace salir del ciclo enneguecedor del Yo-perceptor y entrar al ser-verdadero que según Heidegger (1986) es un “estado relación de verdad” (p. 76). El primer paso consciente: negarse a sí mismo, para liberar los egos que no permiten abrazar los cactus. Así se descubre el ser-verdadero capaz de valorar el sufrimiento. El camino, compuesto por tres etapas, no es sólo psicológico, sino especialmente noológico, espiritual, existencial.

Negarse a sí mismo

Es realmente paradójico negarse a sí mismo por dejar de ser. El ser humano es un “hacerse” en el continuum extra-somático de lo simbólico-espiritual. Cuando sale de sí mismo a través de una de las tantas puertas que tiene en su interior para el encuentro con *otros*, lo hace dejando otras puertas cerradas en el espacio interior, intocables por el temor de no saber qué encontrarse de tras de ellas.

Cada vez que comienza un proceso consciente y subjetivo hacia una de esas puertas, el miedo le paraliza y no lo deja enfrentarse con su zona de crecimiento ante el pavor de desintegrar su yo real por experimentar la muerte en el intento. A través de la vivencia del miedo se tiende a creer que se escapa de algo que duele cuando en realidad se escapa del mismo ser-verdadero. Nadie puede huir de su propia piel. Se puede cambiar de vivienda, de vehículo, de novia, de carrera, pero no de piel. Viene adherido la piel a la propia identidad consciente, al yo-real. Con esta piel se encuentra con los Otros, los no-Yo, los Tú, los diferentes y diversos. Se trata de una capacidad operativa de su realidad espiritual como humano: la auto-posesión que le capacita para encontrarse y descubrirse como un Yo-distinto de otro, una *independencia que se posee*; el núcleo del *ser-ahí* del existencialista Heidegger.

Este camino metodológico, cuya primera etapa es negarse a sí mismo, comienza interpretando la realidad desde el sujeto-consciente, desde el Yo-perceptivo que sufre la acción. Por tanto, la persona, en su operación consciente, puede hacer un esfuerzo cognitivo de interpretar el trasfondo noológico de su realidad. Si para Heidegger el ser humano es *apertura del ser* (ser-ahí), entonces este camino propuesto por grandes maestros de la historia conduce a conocer la propia conciencia desde el *no-ser* del objeto, desde el *no-ser* del sufrimiento (Sartre, 1966), que abre la posibilidad de acercarse al *fenómeno* como un ser para la conciencia (el *para-sí*, distinto al *ser-en-sí* del objeto). En este sentido, se descubre conscientemente en su vida subjetiva una *verdad-para-sí*. Decidirse a romper este ciclo vicioso (*vértigo*) conduce al fondo del tobogán en el no-parar hasta tocar fondo pero necesaria para poder llegar a la esencia de la vida humana.

El “negarse a sí mismo” es reconocer la existencia de una serie de experiencias sobre la nada y el absurdo (Albert Camus); entre las intenciones del hombre y la mudez de la realidad circundante. Su ser-consciente es distinto del ser-en-sí. La nada logra la separación. Por tanto, *en la medida que se niegue o renuncie al Yo-perceptivo, podrá encontrar el Yo-real-consciente disuelto en su pasado*. Mientras más se busque a sí mismo, menos se encontrará. Mientras más se niegue a sí mismo, descubrirá su ser-verdadero-real y conocerá los límites provenientes del no-ser. Es allí cuando se topa con experiencias nunca antes vivida. Es en este acto racional cuando se recuerda a Sócrates con su “solo sé que no sé” como la primera *verdad existencial* y ante el cual no hay miedo que valga, solo incertidumbres. El miedo (del latín *metus*), se concibe en el presente ensayo como una creación del inconsciente que ciega parte de la conciencia; como vivir toda la vida en un cuarto oscuro, pero al prender un bombillo, para ver lo que realmente está allí, seguirán algunas sombras: el proceso es gradual para no encandilarse y tener tiempo para poner todo en *orden* (*cosmos*). El antiguo sabio chino Confucio decía que “aprender sin pensar era inútil, y pensar sin aprender, peligroso”. Por ello negarse a sí mismo significa poner orden y cerrar ciclos antiguos sin dejar de focalizar las demás puertas interiores que faltan por abrir. Lo que antes era un *sin-sentido*, ahora cobra forma y sentido, se puede ver una realidad captada intuitivamente, y se hace presente a la conciencia la experiencia llamada sufrimiento humano.

En este peldaño, negarse a sí mismo sería *enfrentar un dragón dentro de un castillo hasta derrotarlo sin más escapatoria que abrazar tus cactus*. El ser humano, según Sartre (1990) está obligado existencialmente a elegir continuamente el sentido de la realidad, lo que implica que está condenado a enfrentarse continuamente con lo que no permite ir más allá de sí mismo. Ser consciente de que se actúa y por eso ser moralmente responsable de los actos. El punto de quiebre de esta condena se encuentra en los propósitos de vida, metas alcanzables que sirven de trampolín en el fortalecimiento de la voluntad. Esta hará seguir un ideal de vida a quien seguir o a quien amar. El filósofo cristiano Agustín de Hipona (384-430) afirmaba que el único y verdadero negocio de esta vida es el saber escoger lo que se ha de amar. Por ello, nada tiene de particular que, si se ama a alguien y se desea seguirle, la persona renuncie a si mismo por ese amor incondicional. Si nos perdemos en la mismidad

cuando nos amamos a nosotros mismos, *no queda ninguna duda que nos encontramos con los demás cuando nos negamos*. Por tanto, el negarse genera *encontrarse con*.

Cada puerta abierta para negarse y salir de sí mismo, deja atrás lo que se *creía* de sí mismo. La persona lo vive con la sensación de *auto-destruirse*. El por qué: el humano es producto de miles de años en evolución donde sus antepasados anhelaban la inmortalidad. Al *auto-afirmarse*, no cabía el *negarse a sí mismo*, porque negarse es humillarse, abajarse, des-ego-centrarse, bajarse del pedestal cognitivo creado para “proteger” el Yo real. El negarse a sí mismo es un proceso destructivo, que origina una nueva forma de ser y un nuevo auto-concepto que se debe re-aceptar para poder pasar a la siguiente etapa. Sin este con-promiso del Yo-perceptivo (personal) no se puede pasar al “Entre-originario”, pues, esta “esfera del entre” según Buber (1984) es “una proto-categoría de la realidad humana, anterior a cada persona individual”; se trata “de algo óntico; la situación dialógica...” (p. 149) que se cierne entre las dos existencias personales, y con la tentación de quedar desdibujado. Se trata de una elección para *vaciarse* y abrazar el cactus del sufrimiento de quien se es en realidad (ser-auto-ente). De esta manera, la persona trasciende a vivir como ser-en-relación. Si el mundo material se le vuelve ajeno o extraño (Morin, 1999) es porque solo en la trascendencia se puede llegar a ser la mejor versión de sí mismo. La trascendencia es el universo perdido en el ser-verdadero. Por ello, se decide negarse a sí mismo para *salir de sí mismo* y trans-formar la naturaleza proyectiva de un nuevo hombre (súper-hombre de Nietzsche). Renovación o metamorfosis del hombre desde que es concebido hasta que muere, *para llegar a ser humano* (Savater, 1997) y seguir preguntándose por el sentido último de su existencia.

Abrazar los cactus en la experiencia de la muerte

En el ente humano se combinan dos realidades aparentemente antagónicas, pero en el fondo son complementarios: la vida y la muerte. La palabra griega *psyjé*, equivalente del hebreo *nefés*, combina tres elementos: vida-alma-persona; y la palabra muerte, del latín *mors*, *mortis*, proveniente de la raíz proto-indo-europeo *mer*, significa “dar por terminado” o simplemente “muerte”, destacando un elemento esencial en el significado de muerte como lo es *poner límites* (finitud), ligado al concepto de *libertatis*. Partiendo de aquí, existe una triada inseparable: *vida-muerte-libertad*. Una le da sentido a la otra. Se decide vivir para morir o morir para vivir, *sopena* de estar evadiendo el *límite* mismo, y en última instancia, a sí mismo. Por ello, la persona reflexiona poco sobre la muerte, porque le han enseñado que significa dolor, incomodidad y sufrimiento. Al poseer instinto (*instancia*), el hombre huye de las amenazas y riesgos para seguir viviendo (*vita viventibus est esse*) porque vivir es ser y morir es desaparecer.

Todo ser vivo, antes de vivir, era *no-vivo*; se pasa del no-ser al ser, lo que significa que la muerte es un segundo *no-vivir*. Pero morir es pasar a las regiones oscuras y desconocidas del no-ser. Aunque vida y muerte son dos caras de una misma realidad que cognitivamente lo separamos. Pero el significado de la vida no se comprende si no se vive confrontando los límites de ella. La vida se toma en serio porque algún día se morirá: *vive, memor mortis*. El filósofo Heidegger, en su libro *El Ser y el Tiempo*, afirma constantemente que el hombre (ser-ahí) es un *ser-para-la-muerte* dentro de su *horizonte-de-finitud*. Y cuando a Sócrates se le propone aceptar el veredicto final de los magistrados de Atenas de ser expulsado de su tierra, contesta que prefiere “vivir bien” (Diálogo con Critón de Platón), lo que significa que vida y muerte forman una sola realidad indisoluble. Si existe la muerte física, es porque paradójicamente existe *la muerte no-física*, traducido como aquellas *situaciones-límites* que se presentan para decidir la actitud a tomar entre valoraciones existenciales, sacrificando una parte de sí y dando paso a otra de mayor valor, gracias a la existencia de un núcleo espiritual en el hombre que trasciende a la corporalidad.

En este sentido, la muerte está relacionada con sufrimiento existencial. Abrazar los cactus es abrazar las situaciones mortíferas del interior del ser humano. Y va a depender del cactus diseñado por

la naturaleza en cada quien el sufrir más o menos. El problema no radica en el sufrimiento, sino en la actitud en abrazar los cactus interiores. Existen diferentes especies de cactus con espinas de diferentes tamaños. A cada uno de los hombres les tocó crecer con una serie de cactus emocionales y espirituales; cactus de diversas naturalezas, tamaños, formas y colores. Nadie decidió escoger la familia donde criarse y desarrollarse socialmente. La persona como *homo symbolicus* es producto del sistema de significaciones y representaciones sociales; del lenguaje simbólico de la vida cotidiana; de las pautas de significados históricamente transmitidos y encarnados en formas simbólicas que lo arrastra a pensar, sentir y actuar siguiendo los patrones de su paradigma cultural. Este claustro cultural tiende a romperse en su eje conductor cuando se decide abrazar los cactus que concretan la muerte no-física y liberar lo más valioso que hay dentro de sí.

Abrazar los cactus le permite dirigir la mirada más allá de los “universos simbólicos” o “conjunto de significados construidos por una cultura, que ordenan y legitiman los roles cotidianos” dentro de un proceso histórico concreto (Guerrero, 2002, p. 77). Abrazar los cactus da actitud axiológica de reencontrarse las veces que hagan falta para avanzar en el proyecto de vida. Abrazar los cactus es aceptar aquello que impide que las dimensiones ontológicas humanas se desarrollen. ¿Cuáles dimensiones?: la social, afectiva, libre, responsable, inteligente, espiritual, corporal y educativa. Estas y otras sub-dimensiones solo trascenderán cuando se comprende lo importante en el camino de la *katarsis griega*: abrazar esos cactus integrados al ser-verdadero para fortalecer lo débil y alejarse de las amenazas a las oportunidades de seguir creciendo y humanizando.

En todo caso, ¿es posible abrazar lo que tanto dolor causa? Es la misma experiencia de la muerte: pasar de la no-vida a la vida y de ésta a la no-vida las veces que hagan falta, así causen dolor físico, emocional o moral. Se elige lo que se es. Si los padres enseñan que es mejor alejarse de lo que causa dolor y angustia, de lo que perjudica; si los medios de comunicación y redes sociales informan que solo en los momentos placenteros está la verdadera vida; si la escuela enseña a alejarse de lo que pueda perjudicar el éxito material; y, en fin, si constantemente el hombre se aleja de todo aquello que implica sufrimiento, todo ello es impedimento para no abrazar los cactus que abren puertas trascendentales. El cactus es precisamente aquello por lo cual se sufre, porque duelen sus espinas, porque hacen sangrar, porque hace creer a la persona que se le aniquila; aunque es una falacia construida en la historia para arrastrar al hombre a la nada, la no-vida total, la mal-dición (*male dicere*).

Esta segunda etapa solo se logra cuando se ha experimentado la primera. Inmediatamente cuando la persona se *niega a sí mismo* (1), adquirirá las herramientas para *abrazar sus cactus* (2). Nace la humildad³ y el horizonte de comprensión de la interioridad del ser. Los miedos que lo detenían desaparecen y la sangre derramada por abrazar los cactus marcarán el camino a seguir. Pero ¡Alerta! Existen un riesgo inminente: la excesiva auto-observación y auto-reflexión de los propios éxitos y fracasos, de las seguridades y bienes materiales presentes. Estos conllevan a violentar la natural “apertura hacia el mundo exterior y las personas que nos rodean” (Frankl 1984, p. 51). Por ello negarse a sí mismo equivaldría para el Dr. Frankl a “olvidarse de sí mismo”. Solo así se puede auto-realizar plenamente en la trascendencia, dirigido hacia “una causa a la que servir o a una persona a la que amar” (Frankl 1983, p. 241). Esta apertura será mediocre, vacía, aparente e hipócrita si no se activa con el encuentro con cada cactus.

Por otra parte, Fernández (2005) enseña: “la mirada es una fuerza con la que uno se mete dentro del paisaje del espacio y alcanza las distancias y toca las cosas que están donde el cuerpo ya no llega” (p. 8). Este *ver-dentro-desde-fuera* permite al hombre encontrarse con *su-realidad* desde la

³ La humildad (igual que la palabra humano), proviene etimológicamente del vocablo latino “humilitas” y éste de “humus”, significa “tierra” (del griego kamaí = en tierra).

conciencia-de-algo, conciencia-del-ser. Por esta razón, se ha in-vivido como separado del *ser-en-sí*, sujeto a sus propias percepciones, a sus propios enfoques de-limitados para llegar a conocer el *ser-en-sí*. Como fenomenológicamente, es imposible conocerlo, se vive constantemente buscando asideros, buscando *contra-sentidos* para configurar su propia identidad existencial; por ello el hombre se considera un *hacerse constante y latente* en búsqueda del sentido de su propia existencia. Sartre planteaba erróneamente que la conciencia carece de *razón-de-ser* y es entendible que afirmara ello cuando él mismo no pudo fundamentar la libertad del hombre y su vida existencial en su ser *transiens, dolens, moriturus, patiens*, en donde su vida está herida de muerte.

En síntesis, el cactus es el medio más idóneo que Dios, la naturaleza y la evolución brindaron al hombre para mantener el sentido originario. El sentido no se construye, así como tampoco se construye el conocimiento. Uno y otro están allí para alcanzarlos, descubrirlos, aprehenderlos y adecuar la mente a esa realidad (Aristóteles). Los cactus no se construyen o definen: se presentan a lo largo de la *historia-con-vivida*, logrando fijarse cada una en las puertas cerradas. Los cactus son la llave para abrir cada puerta que conduce al verdadero sentido. Cada ser humano, por ser único e irreplicable, tiene un sentido existencial propio, que no construyó, sino se le fue dado. Según Ratzinger (2005) “el sentido es algo que nos sustenta, que precede y desborda nuestros propios pensamientos y descubrimientos, y solo de esa manera posee la capacidad de sustentar nuestra vida” (p. 171). El sentido de vida no se inventa, se encuentra. El mundo se sostiene porque tiene un sentido. Cuando cada uno fue arrojado al mundo desde el nacimiento, y eso tiene un sentido; no se crea, se descubre. Si llegáramos a crearlo, el sentido de vida careciera de sentido, porque no se sustentaría a sí mismo: “El sentido existe o no existe. No puede ser un mero producto nuestro. Lo que producimos puede proporcionarnos un instante de satisfacción, pero no justificar toda nuestra vida, ni darle sentido” (*Ibid*, p. 171). En la medida que se abraza un cactus, se descubre el sentido, se trasciende la humanidad y la propia existencia.

Los cactus tienen la capacidad de sobrevivir a los desiertos. Son plantas que resisten cualquier tipo de medio ambiente. Han desarrollado un fascinante mecanismo de defensa ante las permanentes sequías y la inclemencia de los rayos solares. Abren sus hojas en la noche y acumulan la mayor cantidad de agua proveniente del rocío y así soportar las 12 hasta 14 horas del día. Las espinas son producto de la falta del vital líquido. Han perdido sus hojas para convertirlas en espinas. Así su tallo siempre contiene agua de reserva y por ello se conservan. De sus espinas nacen y crecen sus flores. Los cactus no florecen a temprana edad, muchos esperan hasta después de los 70 años de edad o hasta alcanzar una altura de dos metros. Analógicamente cuando el hombre abraza sus cactus, sus espinas se llenarán de sangre que conllevará a la aparición de nuevas hojas vivas. Cuando se abrazan los cactus se hace uno con ellos despertando capacidades dormidas aún y que hoy llamamos, desde la psicología positiva de Martin Seligman, *resiliencia, asertividad, obstinación, afrontamiento, inteligencia emocional, autocontrol, felicidad*. Los cactus son esos “momentos fuertes”, “sinsabores no buscados”, que acercan más y a la vez alejan para hacer al humano más humano, más espiritual, más trascendental.

Trascender: de la mismidad a la alteridad

Una vez que se niegue a sí mismo y se experimente abrazar los cactus, la persona está capacitada para salir de sí hacia los demás. Es un ciclo: constantemente el hombre sale, entra y vuelve a salir. Los cactus dan la posibilidad de ponerse frente a la muerte como problema existencial. Pareciera que la muerte arrebatara la existencia, pero ejemplos de vivencias existen registradas en la historia de hombres quienes rompieron el límite que les oprimía, logrando trascender su *status vitae*, dando lugar a grados superiores de libertad interior. Cuando se experimenta de cerca la realidad de la muerte, del no-ser, aparece la desesperanza, el absurdo de la vida, el sinsabor del sin-sentido. Todos los hombres lo sufren (*pasión*). En la esencia del ser humano radica un accidente de los diez que Aristóteles enseñó a sus peripatéticos: se trata del accidente del *ser pasivo*, paciente y por tanto *doliente*. Por ser un accidente, viene adherido a la substancia “Hombre”. Ontológicamente, los nueve accidentes y la

sustancia (el décimo) son predicamentos y gracias a ellos categorizamos las cosas y podemos decir *algo* sobre los entes. Y específicamente el accidente “pasión” significa *lo que sufre la sustancia*. Se trata del desgaste de la sustancia; lo que se desgarrar de la sustancia; los golpes de la vida de la sustancia hombre; las heridas y enfermedades del hombre; las situaciones-límites angustiantes de la persona.

Si esto es así desde la metafísica aristotélica, ¿por qué alejarse de los cactus que se presentan en el camino cuando las personas se proponen una meta en su proyecto de vida? Los cactus deben mirarse como trampolín que hace saltar al siguiente nivel. Pasar por el dolor es adentrarse en la riqueza de sentido que encierra el sufrimiento. Es necesario adquirir la “capacidad de sufrimiento”; adquirida no porque alguien “obliga a hacerlo”, sino gracias al “ser decisivo” de llegar a ser lo que se quiere ser. La capacidad de sufrir es un valor que eleva al hombre. Cuando se asume el sufrimiento, cuando se hace suyo, se crece, y se siente con nuevas fuerzas; se domina el destino desde dentro, en el plano existencial, y se crece en libertad interior, muy a pesar de la co-dependencia exterior. De allí, el Dr. Frankl (2000) confirmó que, aunque el ser humano sea “dependiente en la realización de los valores creativos y vivenciales...”, es libre en la realización de los valores actitudinales”. Lo importante para el doctor vienés es llegar a un nivel de conciencia donde sean “libres ‘de’ todas las condiciones y circunstancias y libre ‘para’ el dominio interno del destino, para el sufrimiento auténtico” (p. 255). Ser libres sin condiciones despierta la alegría existencial y la paz interior.

Para cruzar las puertas, no existen recetas. Cada quien juega en su decisiva hora de la prueba. *Atraverse a tocar las dolorosas espinas no tiene caso si no se adquiere esta capacidad de sufrimiento a través de la negación de sí mismo*. Al abrazar el cactus, se abraza el sufrimiento, se hace suyo, naciendo la decisión con sentido. Ese es el momento cuando la persona incorpora el sufrimiento en su vida, lo acepta y lo involucra en su esencia. Se asume e incorpora. Le hace fuerte, le llena, le acoge y le conduce al umbral del sentido y la felicidad como cuestión última del hombre. Este proceso le hace salir del ensimismamiento y lo expulsa hacia otra realidad que lo espera. Le da una nueva capacidad de *sentir-con-el-otro*. No se trata de una simple adaptación a un grupo social o a una congregación política, cultural o religiosa; o de simplemente “construir” un futuro con una familia. Va más allá de simplemente someterse a un jefe en la empresa donde labora. Se trata de despertar la voluntad que lo conduce a un nivel superior, llevando a otros también a su autorealización. Esta relación *yo-tú* libera al hombre del monólogo ontológico colocándolo en una relación existencial con el Otro (Buber, 1984). Sin embargo, cuando metafóricamente el hombre logró salir de la cueva en el famoso mito de Platón (Acerca de la República, Libro VII), quiso volver para liberar a los suyos. Pero sus propios paisanos lo obligaron a quedarse; no le creyeron y le dieron muerte; solo porque el liberado les contó la verdad del proceso con el único fin de encontrar su ser-verdadero y emprendieran este mismo camino. Sus monólogos epistemológicos los cegaban, alienaban y alejaban de lo que les causaba *incomodidad*. Se quedaron en su propia prisión encadenados y creyendo en sombras controladoras. Simplemente vivían en una oscuridad absurda, en la falaz vivencia de sus comodidades. Una vida incolora y a-pática.

La *vida* (combinación de vida-muerte-libertad) está conducida por riesgos, grandes o pequeños, benignos o malignos. No se trata de sufrir por sufrir (masoquismo), sino de *sufrir con sentido, sufrir para algo o para alguien*. Este camino brinda una posición antropológica frente al otro, concibiéndolo como *ego alter*: mirar al otro desde su condición humana y alteridad irreductible. Al otro no se le conoce anticipándolo, pasando por alto y restando validez a sus pretensiones. Principalmente hay que dejarse hablar por él. Y para ello dejar (estar abierto) que el otro le hable, se exprese, saber escucharle, y “de estar atento y abierto a su pretensión de verdad” (Florez 2004, p. 225). El otro tiene la misma dignidad como condición propia de la persona humana; el valor que posee por el solo hecho de existir desde su concepción hasta su muerte. Es ese algo que le es propio, lo más íntimo como hombre o mujer y que lo imposibilita ser usado (medio/instrumento) como cualquier otro ente material, lo hace un “fin en sí mismo”. Se trata de ese *ego-alter* (yo-otro) necesitante de empatía y comprensión para llegar-a-

ser-libre, y como tal, no manipulable o comercializable (esclavo), ni tomado como objeto de placer (hedonismo). Ese Otro *padece* (del griego *paskhein*, *pasión*), sufre, llora, se alegra, sueña, se entristece, aburre y ama. Ese Otro se le reconoce y se le respeta porque es prójimo, semejante, societal, sentiente y de la misma especie humana.

Una vez renunciado el endiosamiento; una vez negado la sobrevaloración; una vez sacrificado el propio intelecto y aplastado todo tipo de egoísmos e indiferentismo, el hombre se anticipa a sí mismo y se atreve a abrazar cada cactus que apertura las puertas. Al cruzar el umbral sentirá liberación (auto-determinado), en despliegue y desarrollo (auto-educado), con la capacidad de re-inventarse (auto-configurado). Cuando renuncia o se niega, se encuentra en la fase de *existencialidad*; cuando abraza su cactus, en la fase de la *humanidad*, y cuando cruza cada umbral, en la *trascendentalidad*. Cada una de estas fases tiene su valor-de-ser. Es decir, penetra axiológicamente el ser del humano hasta comprometerlo en su devenir teleológico; lo hace vulnerable ante quien solo se puede medir: el valor Absoluto. En la segunda fase se verá “reducido a su nuda existencia” (Frankl 1984, p. 285); quedando como conversando con su nada; queriendo volver de nuevo atrás; sin querer seguir adelante, pero, “nunca debemos retroceder, sino avanzar. Nunca podemos rebajar, sino realzar. Nunca podemos resolver lo superior en lo inferior, sino que debemos superar lo inferior en lo superior” (ibid. p. 289). Cada fase va elevando el espíritu humano, alcanzando nuevos niveles de libertad, felicidad, verdad y justicia.

Finalmente, cabe preguntarse: ¿cómo está compuesta la vida para quien decide abrazar sus cactus? Si “nacemos humanos, pero hay que llegar a serlo” (Savater 1997), ¿hasta qué punto cabe “fracasar en el intento o rechazar la ocasión misma de intentarlo?” (p. 29); es decir, la vida humana es un continuo evolucionar, crecer, aprender, valorar, desarrollarse y educarse; pero ¿dependerá de la actitud humilde frente a ella, lograr las bases para abrazar cuántos cactus vayan apareciendo dejando sus egos por transformarse y transformar a otros? Lo importante es siempre intentarlo y avanzar, pero con humildad (*aut-enticus*). No se nace para estar estáticos en la zona real. La vida es un continuum avanzar y pro-yectarse hacia zonas próximas de crecimiento con andamiaje hacia la trascendencia del ser-ahí “en estado de yecto”, o sea, “la facticidad de la entrega a la responsabilidad” (Heidegger 1986, p. 152). *En la esencia de las decisiones siempre se encuentra el vaivén de la inmanencia a la trascendencia*. Pasar por este proceso es lograr la unidad creadora del ser; lograr alegrarse del triunfo del otro; lograr comprender *el amor que duele* y la cizaña dejada crecer junto el trigo para ser cortada en su momento justo. Porque “el hombre es algo más que psique, materia, fenómeno. Es un ser complejo que necesita de otros para realizarse” (León 2012, p. 297). Sólo así se comprende la vida: abriendo los candados de las puertas que han estado cerradas en el horizonte interior del espíritu humano.

En última instancia, el morir existencial es destruir algo en ti para dar salida a la belleza que encierra tu ser. El sufrimiento surgido de este movimiento noológico está dado para escapar de la corporeidad, de la instalación mundanal, y así poder abrazar la inmortalidad que tanto deseas.

Referencias Consultadas

- Arto, A. (1984). *Psicología evolutiva: una propuesta educativa*. Caracas, Venezuela: Editorial CCS, Caracas.
- Buber, M. (1984). *Yo y Tú*. Madrid, España: Caparro.
- Frankl, V. (1984). *El Hombre Doliente*. Barcelona, España: Herder.
- (1983). *La Voluntad de Sentido*. Barcelona, España: Herder.
- Flórez, R. (2004). *Pedagogía del Conocimiento*. Bogotá, Colombia: Mc Graw Hill.

- Fernández, P. (2005). *Aprioris para una Psicología de la Cultura*. En: *Athenea Digital*, vol 7: pp. 1-15.
- Guerrero, P. (2002). *Cultura: Estrategias conceptuales para comprender la identidad, la diversidad, la alteridad y la diferencia*. Quito, Ecuador: Ediciones Abya-Yala.
- Heidegger, M. (1986). *El Ser y el Tiempo*. Traducción de José Gaos. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2006) *Prolegómenos para una historia del concepto de Tiempo*. Traducción de Jaime Aspiunza. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Hergenhahn, B.R. (2001). *Introducción a la Historia de la Psicología*. Madrid, España: Thomson Learning.
- León, F. (2012). *Antropología Filosófica*. 2da ed. Valencia, Venezuela: Universidad de Carabobo, Biblioteca Ciencias de la Educación.
- Montero, M. (1984). *Ideología, Alienación e Identidad Nacional: una aproximación psicosocial al ser venezolano*. Caracas, Venezuela: UCV, Ediciones de la Biblioteca.
- Morin, E. (1999). *La cabeza bien puesta: repensar la reforma, reformar el pensamiento*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- (1999). *Los Siete Saberes Necesarios a la Educación del Futuro*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Ratzinger, J. (2005). *Dios y el Mundo: una conversación con Peter Seewald*. Caracas: El Nacional.
- Unesco (1982). *Declaración de México sobre las políticas culturales*. Ciudad de México.
- Sartre, J. (1966). *El Ser y la Nada*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Sartre, J. (1990). *La Náusea*. Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Savater, F. (1997). *El valor de educar*. Barcelona, España: Ariel.